

... de hijos

¿No va llegando el momento de decirnos esa política más íntima, esos avatares del cuerpo?

No es un presentimiento, es un sentimiento desde lo más profundo.

Un llanto silencioso me recorre por dentro.

No es de tristeza ni de pena, es de amor que lloro. Es un buen llorar.

... ese dolor de la carne.

Me cuenta mi hijo que le han sacado de la libreta 15€, que no sabe por qué. Miro en Internet, tenemos cuenta en el mismo banco. A su madre y a mí no nos los han sacado. Llamo y pregunto ¿y por qué a nosotros no? Porque cobran nómina o pensión ¿y por qué a él sí esta nueva comisión? Ser pobre tiene penalización, le sale caro al banco, barremos a los indeseables. Es lo que yo oigo. Política de la empresa, me contestan. Hijos de puta, pienso, y cuelgo.

... ese amor de la carne.

Yo soy andaluz, nada especial, nací allí. Mis padres emigraron a Barcelona con cuatro sillas y tres hijos canijos, buscando una vida mejor.

Mi hijo es catalán y alegre y bueno y... ¡qué os voy a contar! Él se busca la vida, como tantos otros. Este otoño se fue a la vendimia del Roussillon, ese lugar tan andaluz. Unos días antes de irse vino a visitarnos, me dijo ¿tú no tenías una canción que hablaba de la vendimia en Francia o algo así? Le puse el disco, Carlos Cano: *Viva la gracia*, lo escuchamos, a él se le dibuja una sonrisa, a mí... una extraña mezcla de sensaciones me recorre las entrañas. El círculo se va cerrando.

... esa alegría de la carne.

A mi hijo le gusta silbar.

Desde el portal se oye el silbido cuando viene a vernos, y os puedo asegurar que el cuerpo se me inunda de una alegría indescriptible, son cosas pequeñas, lo sé, pero ¿no os pasan cosas parecidas?

Ya en casa, conversamos, nos reímos, hablamos de que debemos prepararnos (no por si vienen mal dadas, es que ya están mal dadas) el cuerpo y la mente, fortalecernos, buscar la alegría entre tanta podredumbre, resistir, no rendirnos. Ellos, todos los ellos, están armados y vienen a por nosotros, a por todos los nosotros. Sus rostros, sus ojos... se pierden en un caleidoscopio sin fin, pero sus pies son de cristal, si sabemos encontrarlos.

Vivir tiene que ser nuestra venganza.

Un reflujo ácido y grasiento me atora la garganta. Yo también quiero «escopir a la closca pelada dels cretins» (Papasseit), que quieren apagar el alegre silbido de mi hijo, de nuestros hijos.

Dedicado a todas aquellas y aquellos que, como yo, tuvimos hijos e hijas, clausurada la transición, en aquel decorado de cartón piedra, de aguas azul turquesa y playas de arenas blancas. A aquellos que les explicamos el final de la historia con la nevera llena mientras corríamos a comprarles el helado más caro. Ahora que sabemos que la historia no ha terminado, ahora que la playa se ha convertido en un desierto de arenas movedizas, ahora que vemos como un mundo se hunde y se abre la posibilidad de construir algo mejor, o peor... acaso nos quede decidir en qué lado nos situamos esta vez.